

LA CÚSPIDE

SERGIO G. ROBLES

1

Avanzaban por uno de los costados del camino, entre éste y los árboles, tratando de encontrar el terreno más firme. El camino en sí estaba en un estado ruinoso y lo peor era que la vegetación a los costados, aunque no mostraba los efectos completos de la primavera, era densa y nueva, de manera tal que si decidían caminar a través de ella tendrían que hacerlo mucho más lentamente y con mayor desgaste físico. Dado que tenían una misión que cumplir, no era posible tomarlo deportivamente o como si fuera un adiestramiento más.

Los seis hombres estaban vestidos casi exactamente iguales. Botas de cuero negras especiales para caminar en terrenos áridos, en ambientes con bajas temperaturas. Overoles enmascarados con dos distintos tonos de verde y dos de marrón entremezclados con negro. El cuello negro volcado de suéteres de lana les asomaba a tres de ellos por sobre el cuello del overol. Los otros tres protegían sus cuellos del frío con pañuelos anudados que habían sido confeccionados con tela verde de paracaídas en desuso. El oficial que marchaba a la cabeza de la columna llevaba un pañuelo de tela enmascarada de paracaídas cubriéndole la cabeza. Los demás, gorro de lana negra tejida.

No había ninguna diferencia en el equipo y armamento visible de los seis. Unos llevaban el FAL-Para colgado de un hombro, otros lo llevaban en las manos. Una inspección más detallada del grupo revelaba que el primero y el tercero llevaban sendas pistolas colgando de sus cinturones verde oliva, pieza de la cual pendían en todos ellos una caramañola, un cuchillo y al menos un estuche para dos cargadores de FAL. Cada uno llevaba una mochila para carga liviana, dentro de la cual habían guardado la bolsa cama, medias y ropa interior envueltas en bolsas de nylon para protegerlas del agua, y raciones de comida para dos días.

Algo más los igualaba. En la manga izquierda del overol, cuatro dedos por debajo del borde del hombro, cada uno tenía un escudo con un semicampo azul y otro rojo. Sobre ese fondo se distinguían una espada, un paracaídas y dos hipocampos alados, uno enfrente del otro. Una corona naval dominaba el dibujo.

El último hombre de la columna se daba vuelta de vez en cuando y observaba el panorama a su espalda. Su mirada cubría desde los árboles a su derecha hasta los árboles a su izquierda en un ángulo de aproximadamente 90° cuya bisectriz era el camino. Directamente detrás de él podía ver el camino por el cual transitaba la patrulla pero a veces, a lo lejos, también divisaba el azul de las aguas del lago y más allá las montañas de la costa norte del mismo, cubiertas de nieve.

El Capitán de Fragata IM (R) Sergio Gustavo Robles egresó de la Escuela Naval Militar en diciembre de 1970. Prestó servicios en batallones de IM, Agrupación de Comandos Anfíbios, Centro de Instrucción y Adiestramiento de IM y en la Fuerza de Apoyo Anfibio. Fue Comandante de la Agrupación de Comandos Anfíbios, Jefe del Servicio de Operaciones Navales Especiales y Comandante del Batallón IM N° 2. Se desempeñó como profesor en la Escuela de Oficiales de la Armada y en la Escuela de Guerra Naval. Realizó el Curso de Comando y Estado Mayor en la U.S. Marine Corps y obtuvo la Maestría en Estrategia de Seguridad Nacional en la National Defense University (Washington, EE.UU.). Frecuente colaborador de este Boletín y otras publicaciones de la Armada con artículos propios y traducciones del inglés. El Círculo Militar publicó su traducción del libro Manual de la Guerra de Maniobras. Pidió su pase a retiro a fines de 1996.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 815

Septiembre/diciembre de 2006

Recibido: 15.3.2006

Mientras cumplía con la rutina estampada en su cerebro, reflexionaba que la zona no se diferenciaba mucho de las zonas en las que se habían internado los dos días anteriores con exactamente el mismo propósito que tenían ese día. ¿Tendrían éxito esta vez? Tal vez fracasaran como los días anteriores, pero sabía que “el jefe” no se daría por vencido y seguirían analizando los errores y volviendo a intentar hasta que tuvieran éxito.



Por sexta vez se acomodó el cabello, lo sujetó con esos horribles ganchitos que habían llegado de Inglaterra el verano anterior y se colocó el sombrero. Frente al espejo miró el resultado de su trabajo primero en el lado derecho, luego el izquierdo y, finalmente, controló con cuidado la parte de atrás ayudándose con un espejo de mano que su madre le había regalado. Quedó satisfecha con el trabajo realizado.

Su padre estaba casi listo, recogiendo las últimas cosas que colocaría en las alforjas que colgaban de los costados de su caballo. Además de él y su propia cabalgadura, otros doce caballos esperaban afuera cargados con lana que habían cortado de las ovejas durante el verano. La tarde anterior habían inspeccionado detenidamente cada fardo y esa mañana los habían puesto sobre los caballos y los habían asegurado con igual celo y destreza. Su padre le había ido enseñando todo lo que sabía sobre las tareas que le requería desempeñar desde que podía recordar.

Finalmente dejó su habitación y se encontró con él en la cocina. El fuego que habían mantenido a un mínimo durante la noche tenía ahora largas llamas y su calor se había extendido a todo el cuarto, que estaba más que templado. Su madre estaba recogiendo los restos del desayuno y la miró con una sonrisa que no podía ocultar acabadamente la preocupación que se leía en sus ojos.



Sentía que el frío subía desde las plantas de sus pies, tomaba la curva en sus tobillos para subir por sus pantorrillas y, luego de doblar nuevamente en sus rodillas pero esta vez en la dirección opuesta, subía por sus muslos hasta que alcanzaba la unión de sus piernas.

Por alguna razón que no sabía, la parte superior de su cuerpo estaba suficientemente caliente en comparación con sus piernas. Tal vez era el efecto de la frugal comida que había ingerido lentamente hacía poco más de 10 minutos: carne seca de guanaco acompañada de tragos de agua fresca y pura que bajaba de las rocas que estaban a espaldas de él y lo protegían del viento. O tal vez era que su ropa estaba en mejores condiciones en la parte superior de su cuerpo que en la inferior. Pensó que tal vez debía levantarse y caminar un poco para desentumecer las piernas y sentir una vez más que eran parte de su cuerpo.

Pero sospechaba que si hacía eso los guanacos aparecerían en ese preciso instante, verían sus movimientos y huirían a toda velocidad buscando un sendero seguro. Y quienes lo esperaban sentirían hambre. Ya había pasado antes. El problema era que si el entumecimiento continuaba se movería torpemente cuando necesitara hacerlo con rapidez y agilidad. Ya había pasado antes también. Tenía que tomar una decisión. Pero por alguna razón eso le estaba resultando difícil.

Paseó su mirada alrededor. Hacia su izquierda veía pastizales parcialmente cubiertos de nieve. El terreno que bajaba continuamente desde allí estaba flanqueado por montañas cubiertas completamente de nieve. Desde su posición sólo podía ver las que estaban enfrente de él. A lo lejos, más hacia su izquierda, podía ver las copas de los árboles de los bosques que llegaban hasta cerca de las aguas saladas.

El sendero bajaba flanqueando la montaña hacia su derecha. Podía ver una sucesión de valles, cumbres y arboledas. Enfrente de él, tres bloques de nieve se habían desprendido de la parte

superior de la montaña y habían rodado unos pocos metros cuesta abajo hasta detenerse. Se preguntó por qué las imágenes le parecían más borrosas que de costumbre. Sentía que el frío comenzaba a subir hacia su pecho, venciendo la oposición presentada por su estómago.

2

El camino torcía hacia el sudeste, por lo cual, después de un breve intercambio de opiniones para apreciar la situación, el comando anfibio que cubría su cabeza con un pañuelo enmascarado dio la orden de abandonarlo y avanzar hacia el sur. Encontraron un estrecho sendero que tomaba un rumbo conveniente y lo siguieron. El terreno comenzó a mostrar una declinación hacia la derecha, casi en dirección oeste.

El bosque se había aclarado hacia ambos costados. Los árboles crecían separados y sus troncos estaban limpios de ramas hasta una altura fuera del alcance de un ser humano. La lucha por la luz solar los hacía crecer rápidamente para tratar de aventajarse unos a otros. El resultado eran troncos largos, rectos, limpios de ramas. A veces, cuando atravesaban claros, el teniente podía ver que las copas de los árboles hacia el sur estaban más bajas, señal clara de que el terreno descendía en esa dirección.

Algunos árboles habían llegado al límite de su vida y yacían en el suelo con sus grises cuerpos desnudos al haber perdido ya la corteza que los vestía. Probablemente habían caído con gran estrépito en el silencio que reinaba por doquier a toda hora. El teniente vio uno de ellos cortando el paso de la patrulla. Sus ojos danzaron de un extremo al otro del gigante muerto apreciando el mejor sistema para salvar el obstáculo. Cerca de las raíces muertas, el tronco superaba la altura del teniente.



Se decidió por desviarse hacia donde había estado la copa del árbol. Una vez que el tronco se hizo suficientemente delgado, lo pasó por arriba, montándose inicialmente a horcajadas del mismo. Los cinco comandos anfibios que lo seguían a intervalos de tres metros, lo imitaron. Superado el obstáculo, todos volvieron al sendero siguiendo los pasos del teniente, a quien el sur le mostró una visión fugaz de cumbres nevadas por entre el follaje de las copas de los árboles.

Aproximadamente al mismo tiempo que los seis hombres estaban nuevamente en el sendero, el teniente percibió el sonido por primera vez, pero no se detuvo. El sonido fue aumentando en intensidad. Finalmente, se hizo visible la fuente. El rumbo general del sendero los había ido acercando paso a paso al curso de agua que ahora podían ver hacia su derecha. El teniente abandonó el sendero y se dirigió francamente hacia las turbulentas pero transparentes aguas que corrían velozmente a abastecer al lago que la patrulla había dejado atrás.

Mientras estudiaban sus mapas y comparaban opiniones, tomaron un descanso. Las mochilas abandonaron las espaldas y dos comandos anfibios recibieron instrucciones de buscar un lugar por donde cruzar el río sin necesidad de vadearlo. Dado que había muchos árboles caídos, tal vez uno hubiera caído en la dirección correcta y les ahorraría vadear las frías aguas.

Minutos después cruzaron el río y tomaron un rumbo paralelo al mismo. Invirtieron media hora en inspeccionar los diques de castores que avistaron en varios lugares y, respondiendo al desafío intelectual del otro oficial, estimaron la cantidad de explosivos que serían necesarios para abrir brechas en los mismos y la mejor ubicación para lograr el efecto deseado con la menor cantidad.

Observaron el trabajo de los castores en los árboles de los alrededores de las lagunas y los

árboles ahogados que, en el interior de las mismas, se resistían a caer. Por momentos se adentraban en zonas del bosque que estaban cubiertas de musgo. Era como si, de repente, hubieran sido trasladados a un lugar de la Tierra donde el clima era cálido además de húmedo. El olor de la basura forestal en descomposición estimulaba su olfato.

Media hora más tarde decidieron cruzar el río nuevamente. Avanzaban ahora por una altura que iniciaba su ascenso directamente a la izquierda del sendero. Rocas, musgo, arbustos y árboles se veían por doquier, así como innumerables chorrillos que traían el agua pura y helada desde la cima. Hacia la derecha, a no más de 10 metros, a veces más cerca, estaba el río. Se aproximaron a una zona plana sin árboles. Turba. Caminar por ella sería como hacerlo sobre colchones de poliuretano saturados de agua. Luego el terreno comenzaba su ascenso, a veces suavemente, a veces mostrando una pared vertical.

El teniente comenzó a tener dudas de que estuvieran recorriendo el sendero que buscaban. Aunque estaban siguiendo uno, no parecía reunir las condiciones que esperaban. Continuaron avanzando por otra media hora. Detrás quedaron más árboles caídos, más diques de castores, más zonas cubiertas de musgo y más zonas de turba. Finalmente llegaron a un bosque que entre los troncos de sus árboles dejaba ver terreno rocoso, con una fuerte pendiente, en todas direcciones, excepto el camino por el que habían llegado hasta allí. Otro fracaso.

“El jefe” llamó a reunión.



Se dio vuelta para controlar su grupo de caballos y no pudo menos que contemplar la hermosura del paisaje. El cielo estaba azul, casi completamente limpio de nubes. Podía ver hacia ambos lados el comienzo de las alturas que enmarcaban el valle hacia cuyo ángulo de nacimiento se encaminaban. Las aguas del canal se percibían al final del terreno que transitaban en dirección opuesta y podía ver claramente la extensa isla donde las aguas encontraban su límite sur. Pensó en la estancia que habían dejado atrás hacía poco y en el pequeño puerto, inaccesible desde la estancia, que se encontraba hacia su izquierda, al oeste.

Cuando volvió a mirar hacia el frente, se encontró con la mirada de su padre debajo del sombrero que le cubría la cabeza. Se preocupó inicialmente, pensando que había desatendido alguna de sus tareas, pero luego vio la sonrisa debajo de los ojos de su progenitor: él también apreciaba las vistas espectaculares como aquella que se extendía a su espalda. La mujer-niña usó su propia sonrisa para demostrar a su padre que estaban conectados en sus sentimientos.

Poco a poco se adentraron en el bosque. Había estado allí anteriormente. Sabía que el pasto que estaba debajo de la nieve era de una calidad fuera de lo común en la zona. La explicación era que ese pasto no era natural de la zona. De alguna manera una bolsa de semillas de pasto para canchas de golf había cubierto el trayecto desde Inglaterra hasta Tierra del Fuego y su contenido se había derramado en ese escondido rincón de la estancia familiar.

Toda la familia venía algunos días de verano a almorzar o cenar cerca del río que serpenteaba entre los árboles milenarios. Durante el otoño solamente venían a almorzar porque el sol comenzaba a ocultarse pronto y la temperatura caía rápidamente. Sin embargo, ésa era la época en que la vista era mejor. Las diferentes especies de árboles respondían al otoño variando los colores de sus hojas hasta alcanzar una policromía sorprendente. Ahora estaban a mitad de la primavera y apenas se percibía el cambio. Sólo algunos pinos asomaban su verdor perenne por debajo de la nieve acumulada en la parte superior de sus ramas.

Para cuando las imágenes de pasados veranos y otoños dejaron de pasar por su mente, el hombre, la niña-mujer y todos los caballos se encontraban fuera del bosque. Delante de ellos se extendía una superficie completamente blanca. A ambos lados, más cerca de la derecha que de la izquierda, había cerros que marcaban claramente los confines del valle por el que

avanzaban. Hacia el este, la presencia de algunos árboles demarcando una clara línea que se dirigía hacia el bosque que habían dejado atrás indicaba la presencia de agua. Casi sintió el gusto de los tragos que bebía en el río y la reacción de su piel a la baja temperatura cuando, descalza, caminaba por el lecho del mismo.

Su ruta los llevaba hacia un extenso bosque que se extendía de un lado al otro del valle. A medida que se alejaban de la estancia los cerros iban ganando altura y estrechaban el valle. Al fondo del mismo podía ver por sobre el bosque que las cumbres se unían y formaban, desde esa perspectiva, una pared casi completamente blanca. Recordar que tenían que cruzar esa pared le produjo una sensación similar a la de internarse en las heladas aguas del río.

3

La luz del sol se iba apagado paulatinamente dejando que la oscuridad de la noche tomara el control de la temperatura. La patrulla de comandos anfibios había decidido pasar la noche cerca del lugar alcanzado. Luego de observar los alrededores y estimar en la rudimentaria carta el lugar donde se encontraban, habían decidido retroceder aproximadamente un kilómetro.

El lugar donde estaban ahora les ofrecía una fuente de agua inacabable y una posición desde la cual iniciar otro día de búsqueda a la mañana siguiente. Ya habían abierto las bolsas-cama de cada uno y sus mochilas se hallaban a la cabecera de las mismas, a guisa de almohada. El lugar se hallaba a escasos metros del río, dique abajo de la laguna de castores con su nido-castillo en el centro.

Mientras caminaba sobre la firme pared de ramas entrecruzadas, el teniente conversaba con el otro oficial y con uno de los cabos de la patrulla acerca del instinto de los castores para cortar los árboles y sus ramas como también sobre su sentido de organización para construirlo. Muchos castores cortaban las ramas, sólo uno las colocaba en posición.



A medida que las sombras avanzaban, la luz rojiza del fuego que consumía ramas secas de lengua se hacía más evidente. El teniente miró hacia el lugar donde pasarían la noche y vio las llamas jugando a las escondidas detrás de los troncos de los árboles. Olió y observó el humo de la fogata que, escaso, se elevaba ordenadamente en la noche sin viento hasta la copa de los árboles. Al alcanzar las mismas se dividía entre las hojas y las ramas como agua atravesando un colador y se perdía de vista en el cielo, fuera de su alcance visual. Decidió que todos se habían ganado un descanso, ropa interior y medias secas y una buena cena... dentro de las circunstancias. Invitó a sus acompañantes a regresar.

Poco menos de una hora más tarde ya habían terminado de cenar y limpiar las marmitas individuales. Las conversaciones cruzaban por sobre el calor y el color de las llamas que mantendrían encendidas toda la noche, cuando escucharon el ruido como de trueno que bajaba de la montaña. Se quedaron callados, absorbiendo el sonido, comparándolo instintivamente con los datos almacenados en su memoria, tratando de identificar la fuente.

Los guanacos irrumpieron en el pequeño claro a todo galope. La tropilla se dividió en dos cortada por el resplandor del fuego y los bultos humanos esparcidos a su alrededor y, antes de que alguien encontrara una palabra, desaparecieron en la noche valle abajo llevándose su ruido y su sorpresa y dejando la memoria de un evento inolvidable. Las risas y exclamaciones de admiración se elevaron en la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente la decisión fue trepar hasta la cumbre de la altura que tenían hacia el este y observar desde allí. A pesar de la baja temperatura, a poco de iniciar la marcha cuesta arriba el teniente sintió la transpiración corriendo por el centro de su espalda. Una vez más, después del descanso de la noche, su pañuelo enmascarado cubría su cabeza.

La dirección elegida los llevó a través de un bosque de lengas. Paulatinamente los árboles fueron desapareciendo en su forma alta para estar representados solamente por árboles bajos y más tarde sólo por arbustos. La nieve se protegía del sol bajo la sombra de los últimos. El cielo estaba completamente limpio, pero el viento soplaba con cierta fuerza y hacía bajar la sensación térmica. No había otros sonidos más que los ruidos propios del grupo trepando la pendiente y los producidos por el viento navegando entre los arbustos y frotando la ropa y equipo del grupo de comandos anfibios.

Dos horas más tarde alcanzaron la cima de la altura. Para sorpresa de todos, podían ver mucho más de lo que habían esperado. Hacia el norte, en la distancia, el lago que habían dejado atrás el día anterior. Hacia el oeste y el sur, alturas similares a la que en ese momento estaban. Hacia el este, multitud de montañas cubiertas de nieve se extendían hasta donde podían ver. La vista en esas direcciones era particularmente hermosa. La altura más próxima en dirección sur les bloqueaba la vista a unos 2.000 metros a vuelo de pájaro.

Buscaron la protección contra el viento en un grupo de rocas que les permitía enfrentar el sur y el oeste al mismo tiempo. El terreno comenzaba a bajar exactamente donde se encontraban y podían ver los arbustos, la nieve, los árboles bajos y los árboles más altos pendiente abajo. Era una copia de lo que habían dejado atrás. Aunque no distinguían la zona más baja del valle, podían ver cuándo el terreno subía nuevamente, con la vegetación siguiendo exactamente el mismo modelo.

A través de los prismáticos, la vista del teniente fue ladera abajo y luego hacia arriba. Desde un punto de referencia que marcó en su memoria movió sus prismáticos hacia la derecha, aproximadamente el nornoroeste. Luego volvió al punto de referencia y esta vez continuó lentamente hacia su izquierda, el sur. Entonces la vio.

Entre todos los arbustos y pastos de la media pendiente, una fina línea oscura enmarcada por la nieve depositada. Se sacó los prismáticos de la cara en una reacción instintiva, como si ello fuera a ayudarlo a ver mejor. Luego volvió a mirar con la ayuda óptica. No había otra posibilidad: la línea subía de oeste a este, hacia la cima de la montaña en un trazado demasiado definido y prolongado como para ser natural. ¡Allí estaba el sendero que los había eludido durante varios días!



El terreno elevado, aún sin estar totalmente en la zona montañosa, hacía que las temperaturas fueran más bajas. En el atardecer, cuando el sol se replegaba hacia el oeste, las montañas que se extendían en esa zona lo ocultarían más temprano y la temperatura bajaría aún más a pesar de que no sería tan tarde de acuerdo al reloj.

A medida que se acercaban al fondo del valle, hacia la pared de roca cubierta de nieve que había visto antes, los cerros de los costados se habían ido acercando. El sendero se veía claramente, a veces paralelo al río que bajaba de la montaña, a veces cruzándolo. La niña-mujer se alegró de estar sobre su caballo y mantener sus pies secos y abrigados. Sentía un poco de hambre pero sabía que era muy temprano como para que su padre se detuviera. No lo harían hasta no estar del otro lado de las montañas. Sólo cuando hubieran descendido hasta por lo menos el primer curso de agua, su padre buscaría una zona donde pudieran mantener controlados a los animales y le ordenaría que los llevara de a dos a beber agua mientras él preparaba algo para una frugal comida que mantuviera alta su energía. Si encontraban algo de pasto natural podrían comerlo. De otra manera tendrían que esperar a que terminara el viaje de ida para recibir su ración.

Diez minutos atrás le había parecido percibir olor a humo. Ahora no tenía dudas de que estaba en lo cierto y sabía lo que ello representaba. Miró a su padre en el preciso instante en que él se daba vuelta para mirarla a ella. Leyó en sus ojos un mensaje que no necesitaba ser expresado verbalmente.

A no más de sesenta metros se abrió un claro en el bosque y pudo ver la columna de humo que se elevaba de entre el grupo de figuras humanas que estaban alrededor del mismo. Indios. La adrenalina comenzó a fluir más rápidamente en su sistema sanguíneo. Recordó todo aquel tiempo pasado frente al espejo para ocultar su sexo y esperó tener éxito.

4

El sendero tenía unos dos metros de ancho y mostraba signos de que no había sido caminado desde hacía mucho. Los chorrillos y la lluvia de dos días atrás lo mantenían en estado barroso, que permitía a los guanacos estampar sus huellas cada vez que lo caminaban o lo atravesaban.

El teniente estaba calculando cuántas horas de sol les quedaban teniendo en cuenta que se hallaban rodeados de montañas y debajo del techo que formaban las copas de las lengas, cuando se dio cuenta de que estaba pisando algo diferente al terreno que habían atravesado hasta un par de minutos antes. Se detuvo inmediatamente y los cinco comandos anfibios que lo seguían hicieron lo mismo. El suboficial que estaba detrás del teniente le preguntó qué pasaba. Acortaron distancias y todos se reunieron en semicírculo detrás de él, que ya se había puesto en cuclillas.



Debajo de la nieve, el barro y algunos yuyos que pugnan por crecer, el teniente mostró ramas, aproximadamente de la misma circunferencia colocadas una junto a la otra. Inspeccionaron las ramas hacia ambos extremos. Todas habían sido prolijamente cortadas para que su longitud cubriera el ancho del sendero. Dos cabos se adelantaron lentamente hacia el frente hasta que las ramas se acabaron. Todos observaron la zona y llegaron a la conclusión de que, de no haber sido por ese original “puente” una extensión de aproximadamente cincuenta metros habría sido difícil de cruzar. Los comandos se distribuyeron a lo largo del sendero, apreciando el trabajo de quienquiera que hubiera construido el sendero decenas de años atrás.

La imaginación de cada uno pintaba escenas semejantes pero con más o menos riqueza de detalles de acuerdo a su capacidad de comparar con sus conocimientos previos. ¿Cuántos hombres habían trabajado en el lugar? ¿Por cuánto tiempo? ¿Solamente europeos o habrían tenido ayuda de los indios? ¿Cómo habría sido pernoctar en aquellos años en medio del bosque, con o sin indios?

No tenían todo el día. O lo que quedaba de él. Continuaron avanzando mientras intercambiaban comentarios sobre lo visto. Observando el terreno en los alrededores y la hora, el jefe decidió torcer hacia el sur e intentar alcanzar lo antes posible la línea que había divisado más temprano.



Su padre la había dejado al cuidado de los caballos cargados mientras él se aproximaba al grupo de indígenas acuciillados o sentados sobre piedras alrededor de la fogata. Llevaba su

caballo de las riendas. Los indios no se habían movido, pero los observaban. Lo vio conversar con ellos, mitad palabras, mitad gestos. Casi podía adivinar el tema de la conversación y la decisión de su padre. Los minutos pasaban. Por instinto, paseó la mirada por los alrededores, más allá de donde estaban su padre y los indios y finalmente hacia la dirección de donde habían llegado al claro. Todo estaba tranquilo.

Finalmente su padre se dio vuelta y regresó hasta donde ella se encontraba. Sonreía. Todo estaba bien. Cuando estaba cerca de ella le dijo lo que harían y la instruyó para que se quedara montada. No se preocupó por contestarle. Ésas habían sido sus instrucciones ante cualquier encuentro con indígenas. Toda posible demostración de que no era lo que aparentaba, un muchacho, debía ser evitada.

Después de descargar algunas provisiones y llevarlas hasta el grupo de indígenas, su padre regresó donde ella esperaba, montó en su caballo nuevamente y reanudó la marcha, desviándose ligeramente hacia la izquierda para rodear al grupo que inspeccionaba la comida recibida. Luego retomaron el sendero.

Media hora más tarde los árboles comenzaron a ralear y finalmente padre, hija y caballos salieron a un descampado. Hacia delante se veían pastizales cubiertos aquí y allá por la nieve y más allá puras rocas.

Ya estaban cerca del paso. La vista sería espléndida. Hacia el nordeste, los valles boscosos, las montañas con nieve. Al norte, a lo lejos, el lago. Hacia el sur, casi lo mismo, pero en lugar del lago podrían ver el Canal Beagle. Casi siempre encontraban algunos gigantescos bloques de nieve hacia la izquierda del paso. Cuando continuaran la marcha montaña abajo los mirarían frecuentemente para actuar de inmediato si se desprendían en ese instante y rodaban cuesta abajo hacia donde ellos estarían.



Sus ojos eran poco más que una línea. Poco a poco iba perdiendo la lucha por mantenerse alerta, despierto, listo. A veces su mente le hacía creer que todavía era el joven guerrero que una vez había sido, pero luego la realidad dominaba nuevamente y sentía el hambre, el frío y el cansancio. Se dio cuenta de que todo estaba completamente silencioso.

Con la vista fija en los bloques de nieve delante de él, le pareció percibir movimientos a ambos lados. Pero le costaba fijar la vista, ver con claridad. Su mente cansada le indicaba que las borrosas figuras eran más numerosas y más altas hacia su izquierda. Menos y más bajas a su derecha. Hizo un esfuerzo.



Se encontraban ahora caminando sobre la línea que el teniente había visto desde la altura que habían dejado atrás. Tal cual les habían contado, vieron los grandes bloques de nieve hacia su derecha, hacia la cumbre de la montaña y mentalmente rogaron que siguieran en esa posición, sin desprenderse y rodar hacia abajo justo ahora que ellos estaban cruzando esa zona.

Más adelante, la nieve había resistido el esfuerzo de los rayos solares por derretirla y aún cubría toda la zona, ocultando el sendero completamente. En lugar de perder tiempo tratando de encontrarlo, el teniente comenzó un zigzag de cortas piernas siempre pendiente arriba. Sus huellas quedaban estampadas en la nieve virgen. Finalmente llegaron al tope y pudieron ver a lo lejos el azul de las aguas del Canal Beagle.

Antes de que pudieran gritar su alegría los sorprendió el estridente grito de un águila y, al mirar hacia su izquierda, la vieron elevarse en el cielo azul, sin nubes, aprovechando el viento.



El grito estridente del águila la sacó de sus pensamientos y la hizo mirar hacia arriba, hacia donde el ave se elevaba tomando ventaja del viento.



Se sintió fuerte otra vez. La vista le había vuelto. Hasta la sentía mejor que antes, más aguda, más panorámica. Mientras el viento lo empujaba, vio allá abajo dos grupos que se cruzaban en el filo de la montaña. Por un instante los vio mezclarse y luego dejarse mutuamente atrás, sin dar señales de haberse visto.

Lanzó otro grito guerrero y continuó ascendiendo mientras un grupo comenzaba a descender la ladera de la montaña y el otro se juntaba y observaba las aguas saladas que se divisaban a lo lejos. ■

Nota del autor

Después de la Guerra de las Malvinas, en 1982, la Escuela de Infantería del Ejército Argentino canceló el Curso de Comandos previsto para ese año. El Comando de la Fuerza de Apoyo Anfibio autorizó a que la Agrupación de Comandos Anfibios organizara la etapa "Comandos" del Curso de Comandos Anfibios. Una de las áreas elegidas para las ejercitaciones fue Tierra del Fuego. Como Jefe de Curso, y contando con la opinión favorable de los oficiales y suboficiales instructores, decidí que una de las ejercitaciones sería cruzar la Cordillera Darwin siguiendo la Picada Harberton, también conocida como Sendero Lucas Bridges. La marcha nos llevaría desde la cabecera del Lago Fagnano hasta el Canal Beagle, enmarcados en una situación militar. De acuerdo con la información recogida en ese entonces, hacía muchos años que nadie realizaba el cruce siguiendo la Picada Harberton. Después de varios intentos por encontrar el sendero marcado en algunas viejas cartas no oficiales, viajamos hasta la estancia Harberton donde encontramos a la Sra. Clara Bridges, si la memoria no me falla. Ella nos proporcionó información precisa del sendero, incluyendo sus propias experiencias de varios cruces. El cuento relatado está basado en hechos reales que vivimos los integrantes de la patrulla de reconocimiento que buscó el sendero, los relatos de la Sra. Bridges y un poco de imaginación.



ASOCIACIÓN DE VETERANOS DE GUERRA DE MALVINAS



Veterano de guerra: asóciense

Si es Veterano, incorpórese como **Socio Activo**.
Si no lo es, apóyenos como **Socio Adherente**.

Informes: Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas
Av. Santa Fe 4815, piso 3, C1425BHK Buenos Aires. Tel, (011) 4776 6606
Correo electrónico: aveguema@ejercito.mil.ar